

LOS CÁRMENES DE GRANADA

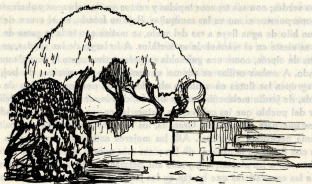
¿Quién plantó en España la primera flor, transportándola del campo al Arte? Seguramente fué la mujer, y, sin duda, la mujer del pueblo. La primera flor que brilló en la maceta de una ventana fué el primer jardín español; y la primera mano que la cuidó solícita, fué la que hizo ese primer milagro.

En los cármenes de Granada debieron de nacer nuestros jardines, los más bellos, los más sencillos, los más floridos de la Tierra. Los cármenes de Granada no son clásicos, ni románticos, ni primitivos, ni modernos. Heredaron su carácter de los árboles, y tienen su tradición y estilo propios. Pequeños y como ocultándose a sí mismos, entre la espesura, sin gran pompa exterior, cruzados de senderos, de bojes, en recodos imprevistos, sugieren anhelos de recogimiento y guardan el encanto oriental de jardines soñados, de patios convertidos en leyenda escrita, de inscripciones moras trazadas con árboles y flores. En medio de esos jardines, y como *mirabs* en que convergen los senderos floridos, se alzan las glorietas, trasunto de la arquitectura árabe, de deliciosa simetría, con sus estalactitas de follaje en las bóvedas verdes; con sus troncos tupidos y rectos como columnas y alminares, y sus arcos superpuestos como en las mezquitas. Bajo su fronda, en el cruce de dos veredas, un hilo de agua fluye a ras del suelo, se matiza con toda la gama de la espesura, y se vierte en el mármol de un surtidor. A lo largo de las sendas, se tienden los arcos de ciprés, como una guirnalda en perspectiva, como la nave de un templo encantado. A ambas orillas se alinean correctamente los macizos de boj, y acá y allá se agrupan las flores en artístico abandono, con poético descuido de nobleza arruinada, de jardín melancólicamente florido, donde crecen las plantas felices con el amor del pueblo que las cultiva, sin torturarlas en sus antojos y veleidades.

Y es que para los hijos de Granada, los cármenes constituyen un culto, y las flores una necesidad espiritual. Allí las mujeres andrajosas imploran la caridad pública con flores en la cabeza; allí los pisos más pobres se convierten en invernadero por amor a las plantas; allí, y sólo allí, permanecen las puertas abiertas de par en par a las enredaderas que brotan en los jardines y florecen en el interior de los hogares, como una bendición de Dios. Las familias de menos recursos transforman en *carmen* el balcón y la ventana. Son como ojos abiertos en la blancura de las viviendas bañadas en azul del cielo, y las rejas prisión de amores, por las que se desbanda, entre el color y el perfume, la alegría de las gentes más humildes. En las ventanas más pequeñas, menguadas para la luz indispensable, no falta nunca una maceta con flores que la cierran casi por completo, que truecan en aromas para el alma el aire robado a la vida. Hasta por los grandes balcones la luz penetra a duras penas entre las hojas en que se refleja, al pasar. Y en lo alto, bajo los aleros, como barcos parados junto a las nubes, las galerías voladizas se rinden al agobio de las rosas y los claveles. En el Albaicín no hay una sola casa sin un *carmen*, adosado a sus muros. Por pequeño que sea el huerto, por oculto y rodeado de edificios que esté, siempre hay una tapia, un rincón junto a la alberca, o el brocal de un pozo

para que las macetas, el emparrado y los mirtos hagan olvidar con su poesía la prosa de tales lugares. Existen huertos tan diminutos, que sólo pueden contener el tronco de un ciprés corpulento; tan angostos, que no les es posible gozar de su propia sombra y han de esparcirla en los cármenes vecinos, vergeles que con un puñado de tierra sustentan enredaderas y macizos de flores bastantes a alegrar toda una casa. A orillas del Darro se ensanchan los jardines, y en el monte de la Alhambra, se convierten en verdaderos parques, que pierden en intimidad lo que ganan en extensión. Y por todos lados, en las laderas y en la llanura, sus altas frondas rebasan las tapias o se borran en las lejanías de la vega admirable. A los cármenes debe Granada la gloria de ser la ciudad más florida de la tierra. Plantados entre el mismo caserío, los cármenes son algo de su propia existencia, algo que es como un perfume de alegre melancolía de aquel gran pueblo vetusto.

SANTIAGO RUSIÑOL.



Dibujo de Enrique Colls.